

El marxismo y nuestra época

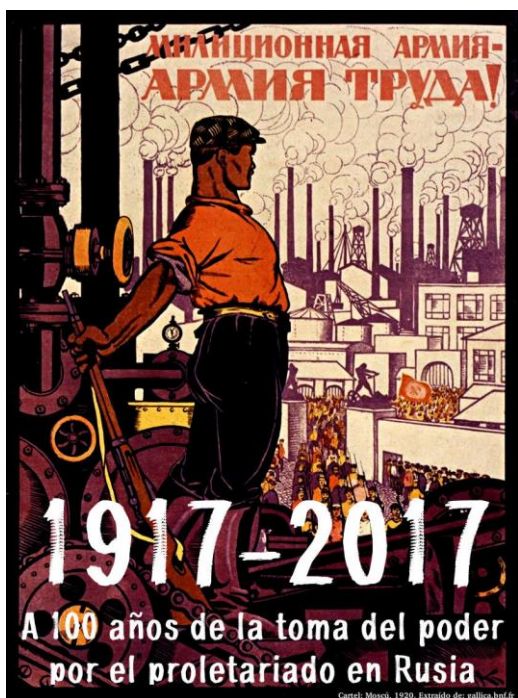
León Trotsky

1939

Edicions internacionals Sedov



Trotsky escribió este texto en 1939 como introducción al libro de Otto Rühle que condensaba el volumen I de *El Capital* de Carlos Marx. La traducción está hecha siguiendo la versión francesa de las *Oeuvres* de León Trotsky publicadas por el Institut Léon Trotsky, Tomo 20, París, 1985, páginas 145-187.



Edicions Internacionals Sedov
 2ª Edición digital
 Valencia, noviembre de 2017
germinal_1917@yahoo.es

Edicions internacionals Sedov

 Núcleo en defensa
 del marxismo
 Germinal

A cien años de la revolución proletaria de 1917

<i>El método de Marx</i>	4
<i>El marxismo y la ciencia oficial</i>	5
<i>La ley del valor-trabajo</i>	6
<i>La desigualdad y la explotación</i>	7
<i>La competencia y el monopolio</i>	7
<i>La concentración de la riqueza y el aumento de las contradicciones de clase</i>	8
<i>¿Las enseñanzas de Marx están periclitadas?</i>	10
a.- La teoría de la pauperización	11
b.- El ejército de reserva y la nueva subclase de los parados	12
c.- La decadencia de las clases medias	13
d.- La crisis industrial	14
e.- La teoría del derrumbe	15
<i>La decadencia del capitalismo</i>	16
<i>El fascismo y el New Deal</i>	17
<i>¿Anomalía o norma?</i>	18
<i>El retorno al pasado</i>	19
<i>Los sabios y el marxismo</i>	20
<i>Las posibilidades de producción y la propiedad privada</i>	21
<i>La inevitabilidad del socialismo</i>	22
<i>El marxismo en los Estados Unidos</i>	23
<i>El espejo ideal del capitalismo</i>	25
<i>Las metrópolis y las colonias</i>	26
<i>La economía mundial planificada</i>	28

Este libro de Otto Rühle es una exposición muy condensada de las doctrinas económicas fundamentales de Marx. Al fin y al cabo, nadie ha sido aún capaz de exponer la teoría del trabajo mejor que el mismo Marx.

Algunas de las argumentaciones de Marx, particularmente en el primer capítulo, el más difícil, pueden parecerle al lector no iniciado demasiado discursivas, ociosas o “metafísicas”. En realidad, esta impresión es la consecuencia del hecho de que no se tiene el hábito de considerar de una manera científica los fenómenos cotidianos. La mercancía se ha convertido en una parte tan universalmente difundida, tan familiar en nuestra vida cotidiana, que ni tan siquiera intentamos preguntarnos por qué los hombres nos separamos de objetos importantes, necesarios para el sostenimiento de la vida, para cambiarlos por pequeños discos de oro o de plata que no tienen ninguna utilidad, por sí mismos, en ningún continente. El ejemplo no se limita a la mercancía. Todas y cada una de las categorías de la economía del mercado parecen ser aceptadas sin análisis, por sí mismas, y como si fuesen las bases naturales de las relaciones humanas. No obstante, mientras las realidades del proceso económico son el trabajo humano, las materias primas, las herramientas, las máquinas, la división del trabajo, la necesidad de distribuir los productos acabados entre los participantes en el proceso de producción, etcétera, las categorías como mercancía, moneda, salario, capital, ganancia, impuesto, etcétera, son únicamente reflejos semimísticos en las cabezas de los hombres de los varios aspectos de un proceso económico que no comprenden y que escapa a su control. Para descifrarlos es indispensable un análisis científico.

En los Estados Unidos, donde un hombre que posee un millón se considera como que vale un millón, los conceptos de la economía de mercado han caído mucho más abajo que en ningún otro lugar. Hasta hace poco, los norteamericanos no otorgaban más que un poco de atención a la naturaleza de las relaciones económicas. En el país del sistema económico más pujante, la ciencia económica era extremadamente pobre. Fue necesaria la profunda crisis actual de la economía norteamericana para poner, bruscamente, a la opinión pública de ese país ante los problemas fundamentales de la sociedad capitalista. En todo caso, aquellos que se hayan acostumbrado a aceptar sin un examen riguroso las reflexiones ideológicas sobre el desarrollo económico, aquellos que no hayan razonado, siguiendo los pasos de Marx, sobre la naturaleza esencial de la mercancía como la célula básica del organismo capitalista, estarán incapacitados para comprender científicamente los fenómenos más importantes de nuestra época.

El método de Marx

A pesar de haber definido la ciencia como el conocimiento de los fenómenos objetivos de la naturaleza, el hombre ha tratado tozuda y obstinadamente de excluirse a sí mismo de la ciencia, reservándose privilegios especiales bajo la forma de pretendidas relaciones con fuerzas suprasensibles (religión) o con preceptos morales eternos (idealismo). Marx privó al hombre definitivamente y para siempre de esos odiosos privilegios, considerándolo como un eslabón natural en el proceso evolutivo de la naturaleza material; considerando la sociedad humana como la organización para la producción y la distribución; considerando al capitalismo como una etapa en el desarrollo de la sociedad humana.

La intención de Marx no era descubrir las “leyes eternas” de la economía. Negó la existencia de semejantes leyes. La historia del desarrollo de la sociedad humana es la historia de la sucesión de varios sistemas económicos, cada uno de los cuales actúa de acuerdo con sus propias leyes. El pasaje de un sistema al otro se ha visto determinado siempre por el aumento de las fuerzas productivas, es decir, de la técnica y de la organización del trabajo. Hasta cierto punto, los cambios sociales son de carácter cuantitativo y no alteran las bases de la sociedad, es decir, las formas dominantes de la propiedad. Pero llega un punto en el que las fuerzas productivas acrecentadas ya no pueden continuar cerradas dentro de las viejas formas de la propiedad; entonces se produce un cambio en el orden social, acompañado de conmociones. A la comuna primitiva le sucedió complementó la esclavitud; la esclavitud fue reemplazada por la servidumbre con su superestructura feudal; el desarrollo comercial de las ciudades llevó a Europa, en el siglo XVI, al régimen capitalista, que pasó inmediatamente a través de diversas etapas. En *El Capital*, Marx no estudia la economía en general, sino la economía capitalista, con sus leyes específicas. De los otros sistemas económicos, siquiera habla incidentalmente y sólo para clarificar las características del capitalismo.

La economía de la familia campestre primitiva, que era autosuficiente, no tenía necesidad de una economía política, porque estaba dominada, por una parte, por las fuerzas de la naturaleza y, por otra parte, por las fuerzas de la tradición. La economía natural de los griegos y romanos (completa en sí misma) fundamentada en el trabajo de los esclavos, dependía de la voluntad de los propietarios de los esclavos, cuyo “plan” estaba determinado directamente por las leyes de la naturaleza y de la rutina. Lo mismo puede decirse también del régimen medieval con sus campesinos siervos. En todos estos casos las relaciones económicas eran claras y transparentes, en estado bruto, por decirlo así. Pero el caso de la sociedad contemporánea es completamente diferente. Ha destruido las viejas relaciones de la economía cerrada y los modos de trabajo del pasado. Las nuevas relaciones económicas han relacionado entre sí las ciudades y las aldeas, las provincias y las naciones. La división del trabajo ha abrazado todo el planeta. Después de haber hecho añicos la tradición y la rutina, esos lazos no se han formado según un plan definido sino, más bien, independientemente de la conciencia y de la previsión humanas. La interdependencia de los hombres, los grupos, las clases, las naciones, que resulta de la división del trabajo, no está dirigida por nadie. Los hombres trabajan los unos para los otros sin conocerse entre sí, sin conocer las necesidades de los otros, con la esperanza y, inclusive, con la seguridad de que

sus relaciones se regularán por sí mismas de una u otra manera. Y esto es, al fin y al cabo, lo que sucede o, mejor dicho, es lo que sucedía habitualmente en otros tiempos.

Es completamente imposible buscar las causas de los fenómenos de la sociedad capitalista en la conciencia subjetiva, en las intenciones o planes de sus miembros. Los fenómenos objetivos del capitalismo han sido reconocidos antes de que la ciencia se haya aplicado a estudiarlos seriamente. Hasta hoy en día la mayoría de los hombres nada saben sobre las leyes que rigen la economía capitalista. La gran fuerza del método de Marx radicó en abordar los fenómenos económicos, no desde el punto de vista subjetivo de algunas personas, sino desde el punto de vista objetivo del desarrollo de la sociedad en su conjunto, exactamente igual que un naturalista aborda una colmena o un hormiguero.

Para la ciencia económica aquello que tiene una importancia decisiva es lo que hacen los hombres y cómo lo hacen y no lo que piensan respecto a sus acciones. En la base de la sociedad no se encuentran la religión y la moral sino los recursos naturales y el trabajo. El método de Marx es materialista, porque va de la existencia a la conciencia y no inversamente. El método de Marx es dialéctico, porque considera la naturaleza y la sociedad en su evolución y la misma evolución como la lucha constante de fuerzas antagónicas.

El marxismo y la ciencia oficial

Marx tuvo sus predecesores. La economía política clásica (Adán Smith, David Ricardo)¹ consiguió su apogeo antes de que el capitalismo llegara a su madurez, antes de que comenzase a temer el futuro. Marx pagó a estos dos grandes clásicos su tributo de profunda gratitud. No obstante, el error básico de los economistas clásicos era que consideraban al capitalismo como la existencia normal de la humanidad en todas las épocas, mientras que este no era más que una etapa histórica en el desarrollo de la sociedad. Marx comenzó criticando esa economía política, explicó sus errores, al mismo tiempo que las contradicciones del mismo capitalismo, y demostró que era inevitable el desmoronamiento de este régimen. La ciencia no puede lograr su meta en el estudio herméticamente acotado del erudito, sino en la sociedad de los hombres “de carne y hueso”. Todos los intereses y pasiones que rasgan la sociedad ejercen su influencia en el desarrollo de la ciencia, especialmente de la economía política, que es la ciencia de la riqueza y de la pobreza. La lucha de los obreros contra la burguesía obligó a los teóricos burgueses a dar la espalda al análisis científico del sistema de explotación y a limitarse a la simple descripción de los hechos económicos, al estudio del pasado económico y, lo que es infinitamente peor, a una verdadera falsificación de la realidad con el propósito de justificar al régimen capitalista. La doctrina económica que se ha enseñado hasta hoy en día en las instituciones oficiales de enseñanza y se ha predicado en la prensa burguesa nos ofrece un importante documento sobre el trabajo, pero, no obstante, es completamente incapaz de comprender el

¹ Adam Smith (1723-1790), profesor de lógica y de moral, autor celebre de la *Teoría de los sentimientos morales* (1759), se puso a estudiar los fenómenos económicos en 1767 elaborando una teoría de la división del trabajo, de la moneda, de los precios, de los salarios, etc. Su obra fundamental, *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (*La riqueza de las naciones*) (1776) constituyó el primer fundamento de la economía política pero también del liberalismo. David Ricardo (1772-1823), londinense, agente de cambio, de origen holandés, se lanzó al estudio de la ciencia económica tras leer la obra de Adam Smith. Presentó sus teorías sobre la renta, el beneficio, los salarios y su interpretación cuantitativa de la moneda en *Principios de la economía política* (1817).

proceso económico en su conjunto y descubrir sus leyes y perspectivas, ni tiene ningún deseo de hacerlo. La economía política oficial ha muerto.

La ley del valor-trabajo

En la sociedad contemporánea el lazo cardinal entre los hombres es el intercambio. Todo producto del trabajo, que entra en el proceso de intercambio, deviene mercancía. Marx comenzó su investigación con la mercancía y dedujo de esa célula fundamental de la sociedad capitalista las relaciones sociales que se han formado objetivamente como la base del intercambio, independientemente de la voluntad del hombre. Este es el único método que permite resolver este enigma fundamental: ¿cómo en la sociedad capitalista, en la que cada hombre piensa sólo en sí mismo y nadie piensa en los otros, se han creado las relaciones entre las diversas ramas de la economía indispensables para la vida?

El obrero vende su fuerza de trabajo, el agricultor lleva su producto al mercado, el prestamista o el banquero conceden préstamos, el comerciante ofrece un surtido de mercancías, el industrial construye una fábrica, el especulador compra y vende acciones y bonos, y cada uno de ellos tiene en consideración sus propias conveniencias, sus planes privados, su propia opinión sobre los salarios y el beneficio. No obstante, de este caos de esfuerzos y acciones individuales surge un conjunto económico que, a pesar de no ser armonioso, permite a la sociedad, no obstante, no solo existir sino, inclusive, desarrollarse.

Esto quiere decir que, al fin y al cabo, el caos no es, de ninguna manera, un caos, que, en determinada medida, está regulado automática e inconscientemente. Comprender el mecanismo que confiere a los diversos aspectos de la economía un equilibrio relativo es descubrir las leyes objetivas del capitalismo.

Evidentemente que las leyes que rigen las diversas esferas de la economía capitalista, salarios, precios, arrendamiento, beneficio, interés, crédito, bolsa, son numerosas y complejas. Sin embargo, en última instancia, proceden de una única ley descubierta por Marx y examinada por él bien a fondo: es la ley del valor-trabajo, que es, ciertamente, la reguladora fundamental de la economía capitalista. La esencia de esa ley es simple. La sociedad dispone de cierta reserva de fuerza de trabajo viva. Aplicada a la naturaleza, esa fuerza engendra productos necesarios para la satisfacción de las necesidades humanas. Como consecuencia de la división del trabajo entre los productores independientes, los productos toman la forma de mercancías. Las mercancías se cambian entre sí en una proporción determinada, al principio directamente y, más tarde, por medio de un intermediario: el oro o la moneda. La propiedad esencial de las mercancías, propiedad que las hace iguales entre sí, siguiendo cierta relación, es el trabajo humano gastado para producirlas (trabajo abstracto, trabajo en general) la base y la medida del valor. La división del trabajo entre millones de productores no comporta la desintegración de la sociedad porque las mercancías son intercambiadas de acuerdo con el tiempo de trabajo socialmente necesario exigido para su producción. Por medio de la aceptación y el rechazo de las mercancías, el mercado, en su calidad de terreno del intercambio, decide si contienen o no contienen en sí mismas el trabajo socialmente necesario y, gracias a ello, determina las cantidades de las diversas clases de mercancías necesarias para la sociedad y, en consecuencia también, la distribución de la fuerza de trabajo entre las diferentes ramas de la producción.

Los procesos reales del mercado son infinitamente más complejos que el que hemos expuesto aquí en pocas líneas. Así, los precios, al oscilar alrededor del valor del trabajo, fluctúan por encima y por debajo de sus valores. Las causas de esas variaciones están explicadas, por completo, en el tercer volumen de *El Capital* en el que Marx describe “el proceso de la producción capitalista considerado en su conjunto”. No obstante, por grandes que puedan ser las diferencias entre los precios y los valores de las mercancías en los casos individuales, la suma de todos los precios es igual a la suma de todos los valores, porque en último término únicamente los valores que han sido creados por el trabajo humano se encuentran a disposición de la sociedad, y los precios no pueden franquear este límite, inclusive si se tiene en cuenta el “monopolio de los precios” o el “trust”; de allí donde el trabajo no ha creado un valor nuevo, ni el mismo Rockefeller² puede sacar nada.

La desigualdad y la explotación

Pero si las mercancías se intercambian de acuerdo con la cantidad de trabajo invertido en ellas, ¿cómo la desigualdad puede resultar de la igualdad? Marx resolvió ese enigma exponiendo la naturaleza particular de una de las mercancías, que es a la base de todas las otras mercancías: la fuerza de trabajo. El propietario de los medios de producción, el capitalista, compra la fuerza de trabajo. Como todas las otras mercancías, la fuerza de trabajo es valorada de acuerdo con la cantidad de trabajo que contiene, esto es, de acuerdo con los medios de subsistencia necesarios para el mantenimiento y la reproducción de la fuerza de trabajo. Pero el consumo de esta mercancía (la fuerza de trabajo) es trabajo, es decir la creación de nuevos valores. La cantidad de esos valores es mayor que los que recibe el trabajador y que necesita para su mantenimiento. El capitalista compra fuerza de trabajo para explotarla. Esa explotación es la fuente de la desigualdad. Esta parte del producto del trabajo, que contribuye a la subsistencia del trabajador, Marx la llama producto necesario; la parte excedente que produce el trabajador la llama plusvalía. La plusvalía ha sido producida por el esclavo, si no el amo de esclavos no habría mantenido esclavos. La plusvalía ha sido producida por el siervo, si no la servidumbre no habría tenido ninguna utilidad para la nobleza terrateniente. Igualmente la plusvalía es producida (aunque en una escala infinitamente más grande) por el trabajador asalariado, si no el capitalista no tendría ningún interés en comprar la fuerza de trabajo. La lucha de clases no es otra cosa que la lucha por la plusvalía. Quien posee la plusvalía es el amo del estado, tiene la llave de la Iglesia, de los tribunales, de las ciencias y de las artes.

La competencia y el monopolio

Las relaciones entre los capitalistas que explotan a los trabajadores están determinadas por la competencia, que actúa como el resorte principal del progreso capitalista. Las empresas grandes gozan, en relación con las pequeñas, de mayores ventajas técnicas, financieras, de organización, económicas y, “last but not least”³, políticas. Una cantidad mayor de capitales, que permite explotar a un mayor número de trabajadores, da

² Se trata de un símbolo y Rockefeller es sinónimo de la potencia financiera. El fundador de la dinastía, John D. Rockefeller (1839-1937) hizo su fortuna en el petróleo organizando la Standard Oil en 1870. Su fortuna pasó entonces a manos de los suyos que, por otra parte, siempre habían colaborado con él.

³ En inglés en el texto: “la última pero no la menor”.

inevitablemente la victoria en una competición a quien los posee. Tal es la base de la centralización y concentración de capitales.

Al estimular el progreso y el desarrollo de la técnica, la competencia no solo destruye a las capas de productores intermedios, sino que se destruye también a sí misma. Sobre los cadáveres y semicadáveres de los capitalistas pequeños y medianos emerge un número cada vez menor de magnates capitalistas cada vez más poderosos. De esta manera, de la competencia *honest*, *democrática* y *progresiva* surge, irrevocablemente, el monopolio *dañino*, *parásito* y *reaccionario*. Su predominio comenzó a afirmarse a partir de 1880 y asumió su forma definitiva a comienzos del presente siglo. Ahora, la victoria del monopolio es abiertamente reconocida por los representantes oficiales de la sociedad burguesa⁴.

No obstante, cuando, en el intento de prever, mediante el análisis, el futuro del sistema capitalista, Marx demostró por primera vez que el monopolio es una consecuencia de las tendencias inherentes al capitalismo, el mundo burgués continuó considerando la competencia como una ley eterna de la naturaleza.

La eliminación de la competencia por el monopolio señala el comienzo de la desintegración de la sociedad capitalista. La competencia era el principal resorte creador del capitalismo y la justificación histórica del capitalista. Por el mismo hecho, la eliminación de la competencia significa la transformación de los accionistas en parásitos sociales. La competencia necesitaba determinadas libertades, una atmósfera liberal, un régimen democrático, un cosmopolitismo comercial. El monopolio reclama un gobierno tan autoritario como sea posible, murallas aduaneras, sus “propias” fuentes de materias primas y mercados (colonias). La última palabra en la descomposición del capital monopolista es el fascismo.

La concentración de la riqueza y el aumento de las contradicciones de clase

Los capitalistas y sus defensores tratan por todos los medios de ocultar, tanto a los ojos del pueblo como a los del fisco, el alcance real de la concentración de la riqueza. La prensa burguesa, con menosprecio de la evidencia, intenta continuamente mantener la ilusión de una distribución “democrática” de los capitales invertidos. El *New York Times*, con la pretensión de refutar a los marxistas, señala que hay de tres a cinco millones de patronos individuales. Lo cierto es que las sociedades anónimas representan una concentración de capital mayor que la que representan los de tres a cinco millones de patronos individuales, aunque los Estados Unidos cuentan con “medio millón de sociedades”.

Estos juegos con datos globales y medias estadísticas tienen como objeto no aclarar sino ocultar la realidad. Desde el comienzo de la guerra hasta 1923 el número de fábricas y factorías existentes en los Estados Unidos descendió del índice 100 al 98,7 mientras que la masa de producción industrial ascendió del 100 al 156,3. Durante los años de una prosperidad sensacional (1923-1929), cuando parecía que todo el mundo estaba en camino de hacerse rico, el índice del número de establecimientos disminuyó de 100 a 93,8 mientras que la producción aumentó de 100 a 113. No obstante, la concentración de los

⁴ La influencia moderadora de la competencia (deplora el ministro de justicia de los Estados Unidos, M. Homer S. Cummings) se ve poco a poco eliminada y, en su conjunto, sólo subsiste como “un recuerdo muy vago de las condiciones de otros tiempos”

establecimientos industriales, limitada por su voluminoso cuerpo material, está muy por detrás de la concentración de sus almas, es decir de su haber. En 1929 los Estados Unidos tenían en realidad más de 300.000 sociedades, como observa correctamente el *New York Times*. Hay que añadir únicamente que 200 de estas sociedades, es decir, el 0,07 del número total, controlaban directamente el 49,2% de los fondos de todas las sociedades. Cuatro años más tarde el porcentaje había aumentado ya al 56% y, durante los años de la administración de Roosevelt, indudablemente ha aumentado aún más. Dentro de esas 200 sociedades anónimas principales el dominio real pertenece a una pequeña minoría⁵.

El mismo proceso puede observarse en los sistemas de la banca y los seguros. Cinco de las mayores compañías de seguros de Estados Unidos han absorbido no sólo a las otras compañías sino, también, a muchos bancos. El número total de bancos se ha reducido por absorción, principalmente bajo la forma de las renombradas “mergers”⁶ (fusiones). Este proceso se acelera rápidamente. Por encima de los bancos se eleva la oligarquía de los superbancos. El capital bancario se fusiona con el capital industrial bajo la forma de supercapital financiero. Suponiendo que la concentración de la industria y de los bancos continúe al mismo ritmo que durante el último cuarto de siglo (de hecho ese ritmo está en aumento), en el curso del próximo cuarto de siglo los hombres de los trust habrán acaparado toda la economía del país.

Nos referimos a las estadísticas de los Estados Unidos porque son más exactas y más hirientes. El proceso de concentración tiene, esencialmente, carácter internacional. A través de las diversas etapas del capitalismo, a través de todas las fases de los ciclos coyunturales, a través de todos los regímenes políticos, a través de los períodos pacíficos, como también a través de los períodos de conflictos armados, el proceso de concentración de todas las grandes fortunas en un número de manos cada vez menor ha continuado y continuará hasta el final. Durante los años de la gran guerra, cuando las naciones estaban heridas de muerte, cuando los sistemas fiscales rodaban hacia el abismo, arrastrando detrás de ellos a las clases medias, los hombres de los trust recogían, entre la sangre y el barro, beneficios sin precedentes. Las poderosas compañías de los Estados Unidos, durante los años de guerra, doblaron, triplicaron, cuadruplicaron, decuplicaron su capital e inflaron sus dividendos hasta el 300, el 400, 900%, e inclusive más. En 1840, ocho años antes de la publicación por Marx y Engels del *Manifiesto Comunista*, el famoso escritor francés Alexis de Tocqueville⁷ escribió en un libro titulado *La democracia en América*: “La gran riqueza tiende a desaparecer y el número de pequeñas fortunas a aumentar”. Este pensamiento ha sido reiterado innumerables veces, primero en referencia a los Estados Unidos y, después, en referencia a las otras jóvenes democracias, Australia y Nueva Zelanda. La idea de Tocqueville ya era, ciertamente, falsa en su época. No obstante, la verdadera concentración

⁵ Un comité del Senado de los Estados Unidos constató en febrero de 1937 que durante los veinte últimos años las decisiones de las sociedades más grandes equivalían a órdenes dadas a la mayor parte de la industria norteamericana. El número de presidentes de los consejos de administración de estas compañías es casi el mismo número de miembros del gabinete del presidente de los Estados Unidos, el poder ejecutivo del gobierno republicano. Pero los miembros que presiden estos consejos son infinitamente más poderosos que los del gabinete.

⁶ En inglés en el texto.

⁷ Alexis de Tocqueville (1805-1859) fue enviado a los Estados Unidos en 1831 para estudiar allí el sistema penitenciario. Su obra sobre *La democracia en América* apareció en dos volúmenes, 1835 y 1840. Fue diputado en la Constituyente de 1848, en la legislativa de 1849 y ministro de asuntos extranjeros. Sólo publicó el primer volumen de su *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856).

de la riqueza comenzó únicamente después de la Guerra Civil norteamericana⁸, en las vísperas de la muerte de Tocqueville. A comienzos del actual siglo, el 2% de la población de los Estados Unidos poseía ya más de la mitad de la riqueza total del país; en 1929 ese mismo 2% poseía los 3/5 de la riqueza nacional. En la misma época, 36.000 familias ricas poseían una renta tan grande como 11 millones de familias de la clase media y de los pobres. Durante la crisis de 1929-1933 los trust no tenían necesidad de apelar a la caridad pública; al contrario, se elevaron aún más alto en medio del declive general de la economía nacional. Durante la precaria recuperación industrial que la siguió, producida por la levadura del New Deal, los hombres de los trust amasaron nuevos beneficios. El número de los parados disminuyó, en el mejor de los casos, de 20 a 10 millones; durante el mismo tiempo, la flor y nata de la sociedad capitalista, 6.000 personas como máximo, cobró dividendos fantásticos. Esto es lo que el Procurador general Robert H. Jackson reveló⁹, con el apoyo de cifras.

Pero el concepto abstracto de “capital monopolista” está para nosotros lleno de carne y hueso. Significa que un puñado de familias¹⁰, unidas por lazos de parentesco e interés común en una oligarquía capitalista exclusiva, dispone del destino económico y político de una gran nación. Por fuerza es necesario reconocer que la ley marxista de la concentración del capital ha demostrado siempre estar de acuerdo con los hechos.

¿Las enseñanzas de Marx están periclitadas?

Las cuestiones de la competencia, de la concentración de la riqueza y del monopolio llevan de forma natural a la cuestión de saber si en nuestra época la teoría económica de Marx no tiene más que un simple interés histórico (como, por ejemplo, la teoría de Adán Smith) o si aún es actual. El criterio que permite responder a esta pregunta es simple: si la teoría permite apreciar correctamente el curso del desarrollo social y prever el futuro mejor que las otras teorías, continúa siendo la teoría más avanzada de nuestra época, aunque date ya de algunas decenas de años.

El famoso economista alemán Werner Sombart¹¹, que era virtualmente un marxista a comienzos de su carrera, pero que más tarde revisó todos los aspectos más revolucionarios de la doctrina de Marx, opuso a El Capital de Marx su propio Capitalismo, que probablemente es la exposición apologética más conocida de la economía burguesa en los últimos tiempos. Sombart escribió: “Carlos Marx profetizó: *primo*, la miseria creciente de los trabajadores asalariados; *secundo*, la “concentración” general, con la desaparición de

⁸ Guerra de Secesión (1861-1865).

⁹ Robert Houghwout Jackson (1892-1954), jurista, había sido nombrado recientemente “Solicitor General”.

¹⁰ El escritor norteamericano Ferdinand Lundberg, que a pesar de su honestidad científica es sobre todo un economista conservador, ha escrito en un libro que suscitó una gran polémica: “Los Estados Unidos están hoy en día acaparados y dominados por una jerarquía de sesenta de las familias más ricas, apoyadas como máximo por noventa que poseen una riqueza menor. A estos dos grupos es necesario añadir un tercer escalón de alrededor de trescientas familias cuyos ingresos sobrepasan los cien millones de dólares anuales. La posición dominante pertenece al primer grupo de sesenta familias que no sólo domina el mercado sino, también, las palancas del gobierno.” Estas familias constituyen el verdadero gobierno, “... el gobierno del dinero en una democracia del dólar”. L:T.

¹¹ Werner Sombart (1863-1941) fue el abogado de las reformas sociales en interés de las clases trabajadoras pero en el marco de un régimen liberal. Su gran obra es *El capitalismo moderno*, en tres volúmenes, I y II en 1902 y III en 1928.

la clase de los artesanos y de los campesinos; *tertio*, el desmoronamiento catastrófico del capitalismo. Nada de esto ha ocurrido”.

A este pronóstico equivocado, Sombart contraponía su propio diagnóstico, “estrictamente científico”. El capitalismo continuará (según él) transformándose internamente en la dirección en la que ha comenzado ya a transformarse en la época de su apogeo: al envejecer, devendrá, cada vez más, calmado, tranquilo, razonable. Tratemos de ver, aunque no sea más que en sus líneas generales, quien de los dos tiene razón: Marx, con su predicción de la catástrofe, o Sombart, que en nombre de toda la economía burguesa prometió que las cosas se arreglarían “calmadamente, tranquilamente y razonablemente”. El lector reconocerá que esta cuestión merece ser examinada.

a.- La teoría de la pauperización

“Por eso, lo que en un polo es acumulación de riqueza es, en el polo contrario, es decir, en la clase que crea su propio producto como capital, acumulación de miseria, de tormentos de trabajo, de esclavitud, de despotismo y de ignorancia y degradación moral.”¹² Ésa tesis de Marx, conocida con el nombre de “teoría de la pauperización”, se ha visto sometida a ataques constantes por parte de los reformistas y socialdemócratas, especialmente durante el período de 1896 a 1914, cuando el capitalismo se desarrolló rápidamente y acordó ciertas concesiones a los trabajadores, sobre todo a su capa superior. Después de la Guerra Mundial, cuando la burguesía, espantada por sus propios crímenes y atemorizada por la Revolución de Octubre, se adentró por el camino de las reformas sociales preconizadas, el efecto de las cuales fue anulado inmediatamente por la inflación y el paro, la teoría de la transformación progresiva de la sociedad capitalista parecía completamente asegurada a los ojos de los reformistas y de los profesores burgueses. “El poder adquisitivo del trabajo asalariado (nos aseguró Sombart en 1928) ha aumentado en proporción directa a la expansión de la producción capitalista.”

De hecho, la contradicción económica entre el proletariado y la burguesía se agrava durante los períodos más prósperos del desarrollo capitalista, cuando la elevación del nivel de vida de determinadas capas de trabajadores, muy extendidas momentáneamente, oculta la disminución de la parte del proletariado en la renta nacional. De esta manera, apenas antes de caer en el marasmo, la producción industrial de Estados Unidos aumentó en un 50% entre 1920 y 1930, mientras que la suma pagada por los salarios aumentó únicamente en un 30%, que significó una tremenda disminución de la parte de los trabajadores en la renta nacional. En 1930 comenzó un aumento del paro, que era un mal augurio, y en 1933 una ayuda, más o menos sistemática, a los parados, que recibieron bajo forma de subsidio apenas más de la mitad de lo que habían perdido bajo forma de salarios.

La ilusión del “progreso” continuo de todas las clases se ha desvanecido sin dejar rastro. El declive relativo del nivel de vida de las masas ha dado lugar a un declive absoluto. Los trabajadores comienzan por economizar en sus modestos placeres, después en sus trajes y, al final, en sus alimentos. Los artículos y productos de calidad media son sustituidos por la quincalla y la quincalla por el saldo. Los sindicatos empiezan a asemejarse al hombre que se acerca a la rampa cuando está cayendo por una escalera con fuerte pendiente.

Con el 6% de la población mundial, los Estados Unidos poseen el 40% de la riqueza mundial. No obstante, un tercio de la nación, como lo admite el mismo Roosevelt, está

¹² Carlos Marx, *El Capital*, Tomo I, Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1972, página 547.

subalimentada, mal vestida y vive bajo condiciones indignas para el hombre. ¿Qué se podría decir, pues, de los países mucho menos privilegiados? La historia del mundo capitalista desde la última guerra ha confirmado irrefutablemente la denominada “teoría de la pauperización”.

El régimen fascista, que no hace otra cosa sino llevar hasta el extremo los límites del declive y de la reacción, inherentes a todo capitalismo imperialista, devino indispensable cuando la degeneración del capitalismo hizo desaparecer cualquier posibilidad de mantener ilusiones sobre la elevación del nivel de vida del proletariado. La dictadura fascista significa el reconocimiento abierto de la tendencia al empobrecimiento, que aún tratan de ocultar las democracias imperialistas más ricas. Mussolini y Hitler persiguen el marxismo con tanto odio precisamente porque su propio régimen es la confirmación más horrible de los pronósticos marxistas. El mundo civilizado se indignó, o fingió indignarse, cuando Göring¹³, con el tono de verdugo y bufón que le caracteriza, declaró que los cañones son más importantes que la mantequilla, o cuando Cagliostro-Casanova-Mussolini¹⁴ advirtieron a los trabajadores de Italia que debían aprender a apretarse los cinturones de sus camisas negras¹⁵. Pero ¿es que no ocurre, en el fondo, el mismo en las democracias imperialistas? En todas partes se utiliza la mantequilla para engrasar los cañones. Los trabajadores de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos aprenden a apretarse sus cinturones sin camisas negras.

b.-El ejército de reserva y la nueva subclase de los parados

El ejército de reserva industrial forma parte indispensable del mecanismo social del capitalismo, al igual que la reserva de máquinas y de materias primas en las fábricas o que el almacenamiento de productos manufacturados en los almacenes. Ni la expansión general de la producción, ni la adaptación a los flujos y reflujos del ciclo industrial, serían posibles sin una reserva de fuerza de trabajo. De la tendencia general del desarrollo del capitalismo (aumento del capital constante, máquinas y materias primas, en detrimento del capital variable, fuerza de trabajo), Marx extrajo la siguiente conclusión: “*Cuanto mayores son la riqueza social [...] más se extiende la masa de la superpoblación consolidada [...] Y, finalmente, cuanto más crecen la miseria dentro de la clase obrera y el ejército industrial de reserva, más crece también el pauperismo oficial. Tal es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista.*”¹⁶ Ésta tesis, unida indisolublemente a la “teoría de la pauperización” y denunciada durante muchos años como “exagerada, tendenciosa y demagógica”, se ha convertido ahora en la imagen teórica irreprochable de la realidad. El actual ejército de parados ya no puede ser considerado como un “ejército de reserva”, porque su masa fundamental ya no puede esperar encontrar trabajo; al contrario, está

¹³ Hermann Göring (1893-1946), piloto de caza y “as” de la aviación alemana durante la guerra, fue uno de los primeros lugartenientes de Hitler en el partido nazi. Era mariscal y el verdadero dictador de la economía del Reich: se conoce su célebre fórmula según la cual Alemania tenía menos necesidad de cañones que de mantequilla.

¹⁴ Giuseppe Balsamo llamado Alessandro de Cagliostro (1743-1795) es uno de los más célebres impostores de la historia, médico, alquimista, novelista, etc. Casanova de Seingalt (1725-1798), aventurero italiano, abad, alquimista, violinista, jugador y seductor, ejerció sus talentos en todas las cortes de Europa. Las razones por las que Trotsky adjunta estos dos nombres al del Duce italiano, Benito Mussolini (1883-1945), este antiguo socialista convertido en jefe fascista, no necesitan evidentemente ser explicadas.

¹⁵ La “camisa negra” era parte integrante del uniforme de los grupos de asalto fascistas italianos.

¹⁶ Carlos Marx, *El Capital*, Tomo I, Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1972, página 546.

destinado a verse engrosado con una afluencia constante de nuevos parados. La desintegración del capitalismo ha engendrado toda una generación de jóvenes que nunca han tenido un oficio y que no tienen esperanza alguna de lograrlo. Esta nueva subclase entre el proletariado y el semiproletariado está obligada a vivir a costa de la sociedad. Se ha calculado que durante nueve años (1930-1938) el paro ha costado a la economía más de 43 millones de años de trabajo humano. Si se considera que en 1929, en la cima de la prosperidad, había dos millones de parados en Estados Unidos y que, durante esos nuevos últimos años, el número virtual de trabajadores ha aumentado en 5 millones, el número total de años de trabajo humano perdido ha debido multiplicarse. Un régimen social afectado por semejante plaga se encuentra enfermo de muerte. El diagnóstico exacto de esa enfermedad fue hecho hace casi ochenta años, cuando la enfermedad misma no era más que un simple germen.

c.-La decadencia de las clases medias

Las cifras que demuestran la concentración del capital y que, al mismo tiempo, indican el peso específico de las clases medias en la producción y su participación en la renta nacional, no han dejado de disminuir, al mismo tiempo que las pequeñas empresas han sido o bien completamente absorbidas o bien degradadas y desprovistas de su independencia, convirtiéndose en mero símbolo de sufrimiento insoportable y penuria desesperada. Al mismo tiempo, es cierto, el desarrollo del capitalismo ha estimulado considerablemente un aumento en el ejército de técnicos, gerentes, empleados, médicos: en una palabra, la renombrada “nueva clase media”. Pero esa capa, cuyo aumento no tenía ya misterios para Marx, se asemeja poco a las viejas clases medias, que en la propiedad de sus medios de producción tenían una garantía tangible de independencia económica. La nueva “clase media” depende más directamente de los capitalistas que los obreros. En efecto, estos están en gran medida bajo la dominación de esta clase; por otra parte, dentro de esta nueva clase media, se ha podido verificar una sobreproducción considerable con su correspondiente consecuencia: la degradación social.

“La información estadística digna de fe”, declara una persona tan alejada del marxismo como el más arriba citado Mr. Homer S. Cummings¹⁷, “demuestra que muchas unidades industriales han desaparecido completamente y que lo que ha ocurrido es una eliminación progresiva de los pequeños empresarios como un factor en la vida norteamericana”. Sin embargo, objeta Sombart, “la concentración general, a pesar de la desaparición de la clase de artesanos y campesinos” no se ha producido aún. Como todo teórico, Marx comenzó por aislar las tendencias fundamentales en su forma más pura; de otra forma hubiese sido completamente imposible comprender el destino de la sociedad capitalista. Marx era, no obstante, capaz de examinar el fenómeno de la vida a la luz del análisis concreto, como un producto de la concatenación de varios factores históricos. Las leyes de Newton¹⁸ no han sido invalidadas debido a que la velocidad en la caída de los cuerpos varía cuando las condiciones son diferentes o a que las órbitas de los planetas están sujetas a variaciones.

¹⁷ Homer S. Cummings (1870-1956) había realizado estudios de derecho en Yale, ejercido en Stamford (Conn) y después en Nueva York. Era demócrata y había sido nombrado *attorney general* (ministro de justicia) en 1933.

¹⁸ Sir Isaac Newton (1642-1727), matemático y físico, descubrió en particular la ley de la gravitación universal.

Para comprender lo que se llama la “tenacidad” de las clases medias es bueno no perder de vista que las dos tendencias (la ruina de las clases medias y la proletarización de esas clases arruinadas), no se desarrolla a igual velocidad ni dentro de los mismos límites. De la creciente preponderancia de la máquina sobre la fuerza de trabajo resulta que cuanto más avanza la ruina de las clases medias más ventaja toma ésta sobre el proceso de su proletarización; en efecto, en cierto momento este último puede cesar completamente e incluso retroceder.

Igual que la acción de las leyes fisiológicas produce resultados diferentes en un organismo en crecimiento de los que produce en uno en decadencia, así también las leyes económicas de la economía marxista actúan de forma distinta en un capitalismo en desarrollo o en un capitalismo en desintegración. Esta diferencia aparece con especial claridad en las relaciones mutuas entre la ciudad y el campo. La población rural de Estados Unidos, que crece relativamente a un ritmo más lento que el total de la población, ha continuado creciendo en cifras absolutas hasta 1910, año en el que sobrepasó los 32 millones. Durante los veinte años siguientes, a pesar del rápido aumento de la población total del país, bajó a 30,4 millones, es decir, disminuyó en 1,6 millones. Pero en 1935 se elevó otra vez a 32,8 millones, con un aumento de 2,4 millones en relación al año 1930. Esta inversión de la tendencia, sorprendiendo a primera vista, no refuta en absoluto ni la tendencia de la población urbana a crecer a costa de la población rural, ni la tendencia de las clases medias a atomizarse, mientras que, al mismo tiempo, sin embargo, demuestra muy pertinentemente la desintegración del sistema capitalista en su conjunto. El aumento de la población rural, durante el período de crisis aguda de 1930-1935, se explica simplemente por el hecho de que alrededor de dos millones de pobladores urbanos, o, hablando con más exactitud, 2 millones de parados hambrientos, se refugiaron en el campo, en tierras abandonadas por los campesinos o en granjas de sus parientes y amigos, con el fin de emplear así su fuerza de trabajo, rechazada por la sociedad, en trabajos productivos de economía natural y poder vivir una existencia medianamente miserable en lugar de totalmente miserable.

No se trata en este caso, pues, de una cuestión de estabilidad de los pequeños granjeros, artesanos y comerciantes, sino más bien de la abyecta miseria de su situación. Lejos de constituir una garantía para el futuro, la clase media es una reliquia desventurada y trágica del pasado. Incapaz de suprimirla por completo, el capitalismo la ha reducido al más abajo grado de degradación y estrechez. Al granjero se le priva no sólo de la venta de su lote de terreno y de la ganancia del capital que haya invertido sino, también, de una buena porción de su salario. De la misma manera, la pobre gente que reside en la ciudad ha gastado poco a poco sus reservas y cae en una existencia que vale poco más que la muerte. La clase media no se proletariza porque se ve sometida a la depauperación. También es tan difícil encontrar, en este hecho, un argumento contra Marx como a favor del capitalismo.

d.- La crisis industrial

El final del siglo pasado, y el comienzo del presente, se han caracterizado por un progreso tan abrumador del capitalismo que la crisis cíclica parecían no ser más que molestias “accidentales”. Durante los años de optimismo capitalista casi universal los críticos de Marx nos aseguraban que el desarrollo nacional e internacional de los “trust”, sindicatos y carteles introducía en el mercado una organización bien planeada y presagiaba el triunfo final sobre la crisis. Según Sombart, las crisis habían sido ya “abolidas” antes de la guerra por el mecanismo del mismo capitalismo, de manera que “el problema de la crisis

nos deja hoy en día virtualmente indiferentes”. Ahora, apenas diez años más tarde, esas palabras suenan a burla, porque el pronóstico de Marx aparece hoy en día en toda la medida de su trágica fuerza.

Es notable que la prensa capitalista, que pretende negar como puede la existencia misma de los monopolios, recurra a esos mismos monopolios para negar a toda costa la anarquía capitalista. Si sesenta familias dirigen la vida económica de Estados Unidos, observa irónicamente *New York Times*: “esto demostraría que el capitalismo norteamericano, lejos de ser anárquico y carecer de plan... se encuentra organizado con gran precisión”. Este argumento yerra el blanco. El capitalismo ha sido incapaz de desarrollar ni una sola de sus tendencias hasta el final. Así como la concentración de la riqueza no suprime a las clases medias, tampoco el monopolio suprime a la competencia, solo la ahoga y la contiene. Ni el “plan” de cada una de las sesenta familias ni las diversas variantes de esos planes se encuentran interesados en absoluto en la coordinación de las diferentes ramas de la economía, sino más bien en el aumento de los beneficios de su camarilla monopolista a costa de otras camarillas y a costa de toda la nación. En último término, el choque de semejantes planes no hace más que ahondar la anarquía en la economía nacional.

La crisis de 1929 estalló en Estados Unidos un año después de haber declarado Sombart la completa indiferencia de su “ciencia” con respecto al problema de la crisis. Desde la cima de una prosperidad sin precedentes, la economía de Estados Unidos fue lanzada al abismo de un marasmo aterrador. Nadie podía haber concebido en la época de Marx convulsiones de tal magnitud. La renta nacional de Estados Unidos se había elevado por primera vez en 1920 a 69 mil millones de dólares para caer el año siguiente a 50 mil millones de dólares (un descenso del 27%). Como consecuencia de la prosperidad de los años siguientes, la renta nacional se elevó nuevamente, en 1929, a su punto máximo de 81 mil millones de dólares, para descender en 1932 a 40 mil millones de dólares, es decir, ¡a menos de la mitad! Durante los nueve años de 1930 a 1938 se perdieron, aproximadamente, 43 millones de años de trabajo humano y 133 mil millones de dólares de la renta nacional, teniendo en cuenta el trabajo y la renta de 1939. Si todo esto no es anarquía, ¿cuál puede ser el significado de esta palabra?

e.-La teoría del derrumbe

Los espíritus y los corazones de los intelectuales de la clase media y de los burócratas de los sindicatos estuvieron casi completamente hipnotizados por las gestas conseguidas por el capitalismo entre la época de la muerte de Marx y la explosión de la Guerra Mundial. La idea del proceso gradual (evolución) parecía estar asegurada para siempre, mientras que la idea de revolución era considerada como una mera reliquia de la barbarie. A la predicción de Marx se oponía la predicción contraria de una distribución mejor equilibrada de la renta nacional gracias a la suavización de las contradicciones de clase y a la reforma gradual de la sociedad capitalista. Jean Jaurès¹⁹, el mejor dotado de los socialdemócratas de esa época clásica, esperaba llenar gradualmente la democracia política con un contenido social. En eso reside la esencia del reformismo. Tal era la predicción opuesta a la de Marx. ¿Qué queda?

¹⁹ Jean Jaurès (1859-1914), profesor de filosofía, pasado al socialismo cuando era diputado moderado fue el gran orador e inspirador del socialismo antes de 1914 en Francia y fue asesinado en vísperas de la guerra.

La vida del capitalismo monopolista de nuestra época es una cadena de crisis. Cada crisis es una catástrofe. La necesidad de escapar de esas catástrofes parciales por medio de murallas aduaneras, de la inflación, del aumento de los gastos gubernamentales, de las deudas, etc., prepara el terreno para otra crisis más profunda y más extensa. La lucha por lograr mercados, materias primas y colonias hace inevitables las catástrofes militares. Estas últimas preparan, ineludiblemente, las catástrofes revolucionarias. Ciertamente no es fácil convenir con Sombart que el capitalismo actual se hace cada vez más “calmado, tranquilo y razonable”. Sería más acertado decir que está perdiendo sus últimos vestigios de razón. En cualquiera caso no cabe duda que la “teoría del derrumbe” ha triunfado sobre la teoría del desarrollo pacífico.

La decadencia del capitalismo

Si bien el control de la producción por el mercado ha costado caro a la sociedad, no es menos cierto que la humanidad, hasta cierta etapa, aproximadamente hasta la Guerra Mundial, ha crecido, se ha desarrollado y se ha enriquecido a través de las crisis parciales y generales. La propiedad privada de los medios de producción era en esa época un factor relativamente progresista. Pero hoy el dominio ciego de la ley del valor se niega a prestar más servicios. El progreso humano se ha detenido en un callejón sin salida. A pesar de los últimos triunfos del pensamiento técnico, las fuerzas productivas naturales ya no aumentan. El síntoma más claro de la decadencia es el estancamiento mundial de la industria de la construcción, como consecuencia de la paralización de nuevas inversiones en las ramas fundamentales de la economía. Los capitalistas ya no son capaces de creer en el futuro de su propio sistema. La estimulación de construcciones por el gobierno significa el aumento de los impuestos y la disminución de la renta nacional espontáneos, especialmente desde que la parte principal de las nuevas construcciones del gobierno está adscrita directamente a finalidades bélicas.

El marasmo ha adquirido un carácter particularmente degradante en la esfera más antigua de la actividad humana, en la más estrechamente relacionada con las necesidades vitales del hombre: la agricultura. No suficientemente satisfechos con los obstáculos que la propiedad privada, en su forma más reaccionaria, la de los pequeños propietarios rurales, opone al desarrollo de la agricultura, los gobiernos capitalistas se ven obligados a menudo a limitar la producción artificialmente con la ayuda de medidas legislativas y administrativas que habrían espantado a los artesanos de los gremios en la época de su decadencia.

La historia dará cuenta de que el gobierno del país capitalista más poderoso ha concedido premios a los agricultores para que reduzcan sus plantaciones, es decir, para disminuir artificialmente la renta nacional ya en disminución. Los resultados hablan por sí mismos: a pesar de las grandiosas posibilidades de producción, fruto de la experiencia y la ciencia, la economía agraria no sale de una crisis de putrefacción, mientras que el número de hambrientos, la mayor parte de la humanidad, continúa creciendo con mayor rapidez que la población de nuestro planeta. Los conservadores consideran como una política sensible, humanitaria, la defensa de un orden social que ha caído en una locura tan destructiva y condenan la lucha del socialismo contra semejante locura como una utopía destructiva.

El fascismo y el New Deal

Dos métodos rivalizan en la arena mundial para salvar al capital históricamente condenado a muerte: el fascismo y el New Deal. El fascismo basa su programa en la disolución de las organizaciones obreras, en la destrucción de las reformas sociales y en la completa desaparición de los derechos democráticos, con el objeto de prevenir el renacimiento de la lucha de clases del proletariado. El estado fascista legaliza oficialmente la degradación de los trabajadores y la pauperización de las clases medias en nombre de la salvación de la “nación” y de la “raza”, presuntuosas palabras bajo las cuales se oculta al capitalismo en decadencia.

La política del New Deal, que trata de salvar la democracia imperialista por medio de regalos a la aristocracia obrera y campesina, nada más es accesible en su mayor extensión a las naciones verdaderamente ricas, y en este sentido es una política norteamericana por excelencia. El gobierno norteamericano ha tratado de obtener una parte de los gastos de esa política a costa de los monopolistas, exhortándolos a aumentar los salarios y disminuir la jornada de trabajo para aumentar, así, el poder adquisitivo de la población y para extender la producción. Léon Blum²⁰ intentó trasladar ese sermón a la escuela primaria francesa. ¡En vano! El capitalista francés, como el norteamericano, no produce por amor a la producción, sino para obtener ganancias. Se encuentra siempre dispuesto a limitar la producción e, inclusive, a destruir los productos manufacturados si, como consecuencia de ello, aumenta su parte en la renta nacional.

Donde el programa del New Deal es más inconsistente es en que, mientras predica sermones a los magnates del capital sobre las ventajas de la abundancia con respecto a la escasez, el gobierno concede premios para reducir la producción. ¿Es posible una confusión mayor? El gobierno refuta a sus críticos con este desafío: ¿Podéis hacerlo mejor? Todo esto significa que sobre la base del capitalismo la situación es desesperada.

A partir de 1933, es decir, en el curso de los últimos seis años, el gobierno federal, los estados federados y las municipalidades de Estados Unidos han entregado a los desempleados cerca de 15 millones de dólares como ayuda (cantidad completamente insuficiente por sí misma y que nada más representa una pequeña parte de la pérdida de salarios, pero al mismo tiempo, teniendo en cuenta la renta nacional en decadencia, una cantidad colosal). Durante 1938, que fue un año de relativa recuperación económica, la deuda nacional de Estados Unidos aumentó en 2 mil millones de dólares (era de 38 mil millones), es decir, sobrepasó en 12 mil millones de dólares el punto más alto alcanzado a finales de la guerra mundial.

A principios de 1939 superó los 40 mil millones de dólares. ¿Y después? El crecimiento de la deuda nacional es, desde luego, una carga para las generaciones futuras. Pero el mismo New Deal sólo fue posible gracias a la tremenda riqueza acumulada por las generaciones precedentes. Únicamente una nación muy rica puede llevar a cabo una política económica tan extravagante. Pero ni tan siquiera esa nación puede continuar viviendo indefinidamente a costa de las generaciones anteriores. La política del New Deal, con sus resultados ficticios y su aumento real de la deuda nacional, debe llevar necesariamente a una feroz reacción capitalista y a una explosión devastadora del imperialismo. En otras palabras, conduce a los mismos resultados que la política del fascismo.

²⁰ La política económica de Léon Blum, a la cabeza del gobierno francés de Frente Popular de 1936-1937 se inspiraba abiertamente en la del New Deal.

¿Anomalía o norma?

El secretario del Interior de Estados Unidos, Mr. Harold L. Ickes²¹, considera como una de las más extrañas anomalías de la historia el hecho de que los Estados Unidos, formalmente democráticos, sean autocráticos en su contenido: “Norte América, el país en el que la mayoría gobierna, ha sido controlada, al menos hasta 1933 [¡!] por los monopolios, que a su vez son dirigidos por un ínfimo número de accionistas”. El juicio es correcto, con la excepción de la insinuación de que con el advenimiento de Roosevelt ha cesado o se ha debilitado el gobierno del monopolio. No obstante, lo que Ickes llama “una de las más extrañas anomalías de la historia” es, en realidad, la norma incuestionable del capitalismo. La dominación del débil por el fuerte, de la mayoría por la minoría, de los trabajadores por los explotadores, es una ley fundamental de la democracia burguesa. Lo que distingue a los Estados Unidos de los otros países es, simplemente, el mayor alcance y la mayor perversidad de las contradicciones de su capitalismo. La carencia de un pasado feudal, la riqueza de recursos naturales, un pueblo enérgico y emprendedor, todos los prerequisites que auguraban un desarrollo sin interrupciones de la democracia, han engendrado de hecho una concentración fantástica de la riqueza.

Prometiéndole de llevar ahora la lucha contra los monopolios hasta triunfar sobre ellos, Ickes toma como testigos, muy imprudentemente, a Thomas Jefferson, Andrew Jackson, Abraham Lincoln, Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson²² como los predecesores de Franklin D. Roosevelt. Prácticamente todas nuestras más grandes figuras históricas (dijo el 30 de diciembre de 1937) son “ilustres a causa su lucha persistente y animosa por impedir la superconcentración de la riqueza y del poder en unas pocas manos”. Pero de sus mismas palabras se deduce que el resultado de esa “lucha persistente y animosa” es el dominio completo de la democracia por la plutocracia.

Por alguna razón inexplicable Ickes piensa que, esta vez, la victoria está asegurada siempre que el pueblo comprenda que la lucha no es “entre el New Deal y la media de los hombres cultos de negocios, sino entre el New Deal y los ‘Borbones’ de las sesenta familias que han mantenido al resto de los hombres cultos de negocios bajo el terror de su dominio”, en deterioro de la democracia y de los esfuerzos de las “más grandes figuras históricas”. Los Rockefeller, los Morgan, Mellon, Vanderbilt, Guggenheim, Ford²³ y compañía no

²¹ Harold LeClair Ickes (1874-1952), periodista en 1897, abogado en Chicago en 1907, durante mucho tiempo fue republicano “progresista”, después se unió en 1932 a la candidatura Roosevelt sobre la línea del New Deal. Roosevelt lo nombró subsecretario de estado para el interior en 1933.

²² Trotsky evoca aquí a las grandes figuras de presidentes de los Estados Unidos. Thomas Jefferson (1743-1826), abogado, corredor de la Declaración de Independencia, vicepresidente de 1797 a 1801, fue, de 1801 a 1809, el tercer presidente. Andrew Jackson (1765-1845), abogado, juez, después general, senador, fue el séptimo presidente, elegido en 1828 y reelegido en 1832. Abraham Lincoln (1809-1865), autodidacta, se convirtió en abogado; jefe del partido republicano en 1856, fue el decimosexto presidente, elegido en 1860, reelegido en 1864, asesinado a fines de la Guerra de Secesión. Theodor Roosevelt (1858-1919) había dirigido un regimiento de caballería en la guerra de Cuba en 1898. Gobernador republicano del Estado de Nueva York en 1899, vicepresidente en 1901, fue elegido presidente en 1904, el vigesimosexto y reelegido en 1908. Thomas Woodrow Wilson (1856-1924), profesor de universidad, demócrata, se convirtió en el vigesimotavo presidente de los Estados Unidos en 1913 y fue reelegido en 1917; fue quien hizo entrar a Estados Unidos en la guerra.

²³ Trotsky alude aquí doblemente. En primer lugar a hombres que se contaban entre los dueños de la economía de los Estados Unidos en 1938: Jhon D. Rockefeller Jr. (1874-1960), presidente de la Standard Oil

invadieron los Estados Unidos desde fuera, como Cortés²⁴ invadió México; nacieron orgánicamente del “pueblo”, o más precisamente de la clase de los “industriales y hombres de negocios cultos”, y representan hoy, de acuerdo con la predicción de Marx, el apogeo natural del capitalismo. Si una democracia joven y fuerte en el apogeo de su vitalidad no fue capaz de contener la concentración de la riqueza cuando el proceso se encontraba aún en sus comienzos, ¿es posible creer ni tan siquiera por un minuto que una democracia en decadencia sea capaz de debilitar los antagonismos de clase que han llegado a su límite máximo? Lo que es muy cierto es que la experiencia del New Deal no da pie para tal optimismo. Al refutar las acusaciones de la industria pesada contra el gobierno, Robert H. Jackson, un hombre bien colocado en las esferas de la administración, demostró con cifras que durante el gobierno de Roosevelt los beneficios de los magnates del capital alcanzaron alturas con las que ellos mismos habían dejado de soñar durante el último período de la presidencia de Hoover²⁵, de lo que se deduce, en todo caso, que la lucha de Roosevelt contra los monopolios no se ha visto coronada con un éxito mayor que la de todos sus predecesores.

El retorno al pasado

Hay que estar de acuerdo con el profesor Lewis W. Douglas²⁶, el antiguo Director de Presupuestos en la administración de Roosevelt, cuando condena al gobierno por “atacar” al monopolio en un dominio mientras fomenta el monopolio en muchos otros²⁷. No obstante, en la realidad, no puede ser de otra manera. Según Marx, el gobierno es el comité ejecutivo de la clase gobernante. Ningún gobierno se encuentra en situación de luchar contra el monopolio en general, es decir, contra la clase en nombre de la que gobierna.

Mientras ataca algunos monopolios se encuentra obligado a buscar aliados en otros monopolios. En alianza con los bancos y con la industria ligera puede descargar, ocasionalmente, golpes contra los trust de la industria pesada, los cuales no dejan de cosechar por ese motivo beneficios fantásticos.

y de la banca y a sus hijos, Jhon Davison (1906-1978) y Nelson Aldrich (1908-1979); John Pierpont Morgan (1867-1943), presidente del Banco Morgan; Richard King Mellon (1899-1970), presidente de Mellon National Bank of Pittsburgh; Cornelius III Vanderbilt (1873-1942), magnate de los ferrocarriles, igual que sus primos William Cronelius Vanderbilt Jr. (1898-1974), presidente de la Vanderbilt Newspapers; Simon G. Guggenheim (1867-1941), senador y presidente del American Smelting & Refining Cy, su hermano Willima G. (1868-1941) de la Fundación; Edsel Bryant Ford (1898-1943) presidente desde 1919 de Ford Motor Cy. Todos esos pujantes hombres habían heredado su fortuna de un antepasado legendario: John Mellon (1855-1937), Cornelius Vanderbilt (1794-1877), “el comodoro” Simon Meyer Guggenheim (1825-1905) y Henry Ford (1863-1947).

²⁴ Hernán Cortés (1485-1547), oficial español, “conquistador”, conquistó México para los reyes de España.

²⁵ Hebert Clark Hoover (1874-1964), ingeniero, secretario de comercio de 1921 a 1928, de 1929 a 1933 fue el decimotercer presidente.

²⁶ Lewis Williams Douglas (1894-1974), hijo de propietario de minas, diplomado por el MIT, había trabajado dos años como minero y después dirigió un rancho (producción de cítricos). Se había lanzado a la política convirtiéndose en diputado de Arizona en 1927. Era el jefe de filas de los demócratas conservadores y para tranquilizar a la Big Business Roosevelt lo nombró el 4 de marzo de 1933 su director de presupuesto. Dimitió el 31 de agosto de 1934 para protestar contra los “créditos excesivos” a los trabajos públicos. Era presidente de American Cyanamid Cy antes de convertirse ese mismo año en el rector de la Universidad McGill.

²⁷ Había sometido a un proceso en toda la regla a la administración Roosevelt y al New Deal en ocho números sucesivos de *Atlantic Monthly*.

Lewis Douglas no contrapone la ciencia al charlatanismo oficial, sino simplemente otra clase de charlatanismo. Ve la fuente del monopolio no en el capitalismo sino en el proteccionismo y, de acuerdo con ello, descubre la salvación de la sociedad no en la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, sino en la rebaja de las tarifas aduaneras. “Si no se restaura la libertad de los mercados (predice) es difícil que la libertad de todas las instituciones, empresas, libertad de expresión, educación, religión, pueda sobrevivir.” Con otras palabras, sin el restablecimiento de la libertad del comercio internacional, la democracia dondequiera y en cualquiera lugar en el que haya sobrevivido, debe ceder a una dictadura revolucionaria o fascista. Pero la libertad del comercio internacional es inconcebible sin la dominación del monopolio. Desgraciadamente, Mr. Douglas, al igual que Mr. Ickes, al igual que Mr. Jackson, al igual que Mr. Cummings, y al igual que el mismo Roosevelt, no se ha molestado en indicarnos su propia medicina contra el capitalismo monopolista y, en consecuencia, contra una revolución o un régimen totalitario.

La libertad de comercio, como la libertad de competencia, como la prosperidad de las clases medias, pertenece irrevocablemente al pasado. Conducirnos al pasado es hoy en día la única medicina de los reformadores democráticos del capitalismo: dar más “libertad” a pequeños y medianos industriales y hombres de negocios, cambiar a su favor el sistema de créditos y de moneda, liberar al mercado del dominio de los trusts, eliminar los especuladores profesionales de la Bolsa, restaurar la libertad del comercio internacional y, así, hasta el infinito. Los reformadores sueñan hasta con limitar el uso de las máquinas y decretar la proscripción de la técnica, que perturba el equilibrio social y causa innumerables preocupaciones.

Los sabios y el marxismo

En un discurso en defensa de la ciencia pronunciado el 7 de diciembre de 1937 el doctor Robert A. Millikan²⁸, uno de los mejores físicos norteamericanos, hizo esta observación: “Las estadísticas de Estados Unidos demuestran que el porcentaje de la población que ‘trabaja lucrativamente’ no ha dejado de aumentar durante los últimos cincuenta años, en los que la ciencia ha sido más aplicada”. Esta defensa del capitalismo bajo la forma de una defensa de la ciencia no puede considerarse muy afortunada. Precisamente durante el último medio siglo es cuando la correlación entre la economía y la técnica se ha alterado agudamente. El período al que se refiere Millikan incluye el comienzo de la declinación capitalista así como la cima de la prosperidad capitalista. Ocultar el comienzo de esa declinación, que es mundial, es proceder como un apologista del capitalismo. Rechazando el socialismo de una manera descarada con le ayuda de argumentos a penas dignos de Henri Ford, el doctor Millikan nos dice que ningún sistema de distribución puede satisfacer las necesidades del hombre sin elevar el nivel de la producción. Es indiscutible. Pero es una lástima que el famoso físico no explique a los millones de norteamericanos parados cómo podrían participar de hecho en el aumento de la renta nacional. Los sermones sobre la gracia milagrosa de la iniciativa individual y la alta productividad del trabajo, no podrán seguramente proporcionar ocupaciones a los parados,

²⁸ Robert Andrews Millikan (1868-1953), profesor en Chicago, premio Nobel en 1923. A partir de este año fue el representante de los Estados Unidos en el comité para la cooperación económica de la Sociedad de Naciones.

no cubrirán el déficit del presupuesto, no sacarán la economía nacional del callejón sin salida.

Lo que distingue a Marx es la universalidad de su genio, su capacidad para comprender los fenómenos y los procesos de los diversos campos en su conexión inherente. Sin ser un especialista en las ciencias naturales, fue uno de los primeros en apreciar la importancia de los grandes descubrimientos en ese terreno: por ejemplo, la teoría del darwinismo. Aquello que aseguraba a Marx esa preeminencia no era tanto su intelecto sino la virtud de su método. Los sabios impregnados de ideas burguesas pueden pensar que se encuentran por encima del socialismo, pero el caso de Robert Millikan no es sino una confirmación de que, en la esfera de la sociología, no son más que charlatanes incurables.

Las posibilidades de producción y la propiedad privada

En su mensaje al Congreso a comienzos de 1937, el presidente Roosevelt expresó su deseo de aumentar la renta nacional a 90 o 100 mil millones de dólares, sin indicar, no obstante, como lograrlo. Por sí mismo, ese programa era excesivamente modesto. En 1929, cuando había alrededor de 2 millones de parados, la renta nacional llegó a los 81 mil millones de dólares. La puesta en marcha de las actuales fuerzas productivas, bastaría no solo para realizar el programa de Roosevelt, sino para superarlo considerablemente. Máquinas, materias primas, mano de obra, no falta nada, (ni tampoco necesidades de la población). Si a pesar de ello el plan es irrealizable (y lo es) la única razón es el conflicto irreconciliable que se ha desarrollado entre la propiedad capitalista y la necesidad social de una producción creciente. El famoso Control Nacional de la capacidad de producción, patrocinado por el gobierno, ha llegado a la conclusión de que el coste total de la producción y de los servicios se elevaba en 1929 a casi 94 mil millones de dólares, calculados sobre la base de los precios al por menor. No obstante, si hubiesen sido utilizadas todas las verdaderas posibilidades de producción, esa cifra hubiera alcanzado 135 mil millones de dólares, lo que habría supuesto 4.370 dólares anuales para cada familia, suma suficiente para asegurar una vida decente y cómoda. Hay que añadir que los cálculos del Control Nacional están basados en la actual organización productiva de los Estados Unidos tal y como la historia anárquica del capitalismo la ha hecho. Si esta organización fuese reorganizada sobre la base de un plan socialista unificado, las cifras de producción podrían ser superadas considerablemente y se podría asegurar a todo el mundo un alto nivel de vida y confort, basado en una jornada de trabajo extremadamente corta.

Así, para salvar a la sociedad no es preciso detener el desarrollo de la técnica, cerrar las fábricas, conceder premios a los agricultores para que saboteen la agricultura, transformar a un tercio de los trabajadores en mendigos, ni llamar a los locos para que hagan de dictadores. Todas estas medidas, irrisiones lacerantes de los intereses de la sociedad, son inútiles. Lo que es indispensable y urgente es separar a los medios de producción de sus actuales propietarios parásitos y organizar a la sociedad de acuerdo con un plan racional. Entonces será, por fin, realmente posible sanar a la sociedad de sus males. Todos aquellos que saben trabajar encontrarían trabajo. La duración de la jornada de trabajo disminuiría gradualmente. Las necesidades de todos los miembros de la sociedad encontrarían posibilidades de una creciente satisfacción. Las palabras “pobreza”, “crisis”, “explotación”, desaparecerían de la circulación. El género humano podría cruzar, por fin, el umbral de la verdadera humanidad.

La inevitabilidad del socialismo

“Conforme disminuye progresivamente el número de magnates capitalistas [dice Marx] que usurpan y monopolizan este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, de la esclavización, de la degeneración, de la explotación; pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de producción. [...] La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Ésta salta hecha añicos. *Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.*”²⁹ Es la revolución socialista. Para Marx, el problema de reconstruir la sociedad no surgía de alguna prescripción motivada por sus predilecciones personales; era una consecuencia, una necesidad histórica rigurosa, de la creciente madurez de las fuerzas productivas, por una parte, y de la ulterior imposibilidad de fomentar esas fuerzas bajo el imperio de la ley del valor por un otra parte.

Las elucubraciones de ciertos intelectuales según los cuales, contra la teoría de Marx, el socialismo, no es *inevitable* sino únicamente *posible*, están desprovistas de todo contenido. Evidentemente, Marx no quiso decir que el socialismo se realizaría sin la intervención de la voluntad y la acción del hombre: tal idea es simplemente un absurdo. Marx predijo que la socialización de los medio de producción sería la única solución al colapso económico en el que debe culminar, inevitablemente, el desarrollo del capitalismo, colapso que tenemos ante nuestros ojos. Las fuerzas productivas necesitan un nuevo organizador y un nuevo amo y, teniendo en cuenta que la existencia determina la conciencia, Marx no dudaba de que la clase trabajadora, a costa de errores y de derrotas, llegara a comprender la verdadera situación y, tarde o temprano, sacaría las necesarias conclusiones prácticas.

Que la socialización de los medios de producción creados por los capitalistas ofrece una tremenda ventaja económica se puede demostrar hoy en día no sólo en teoría sino, también, con la experiencia de la URSS, a pesar de las limitaciones de esa experiencia. Es verdad que los reaccionarios capitalistas, no sin artificio, hacen servir al régimen de Stalin como un espantajo contra las ideas socialistas. De hecho, Marx nunca dijo que el socialismo podría realizarse en un sólo país, y, menos aún, en un país atrasado. Las continuas privaciones de las masas en la Unión Soviética, la omnipotencia de la casta privilegiada que se eleva por encima de la nación y de su miseria, la arbitraria arrogancia de los burócratas, todo ello junto, no son consecuencias del método económico socialista sino del aislamiento y del atraso histórico de la URSS asediada por los países capitalistas. Lo que es admirable es que, bajo esas condiciones excepcionalmente desfavorables, la economía planificada haya conseguido demostrar sus indiscutibles ventajas.

Todos los salvadores del capitalismo, tanto los de la especie democrática como los de la fascista, se esfuerzan en limitar o, al menos, disimular el poder de los magnates del capital para impedir “la expropiación de los expropiadores”. Todos ellos reconocen, y muchos de ellos lo admiten desenvueltamente, que el fracaso de sus tentativas reformistas debe llevar inevitablemente a la revolución socialista. Todos ellos han logrado demostrar que sus métodos para salvar al capitalismo no son más que charlatanismo reaccionario e

²⁹ Carlos Marx, *El Capital*, Volumen I, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, páginas 648-649.

impotente. La predicción de Marx sobre la ineluctabilidad del socialismo se ve así confirmada por el absurdo.

La propaganda de la “tecnocracia”, que ha florecido en el período de la gran crisis de 1929-1932, está fundamentada sobre la premisa correcta de que la economía debe ser racionalizada únicamente por medio de la unión de la técnica elevada a la altura de la ciencia y del gobierno al servicio de la sociedad.

Aquí es donde comienza la gran tarea revolucionaria. Para liberar a la técnica de la intriga de los intereses privados y colocar el gobierno al servicio de la sociedad hay que “expropiar a los expropiadores”. Únicamente una clase poderosa, interesada en su propia liberación y opuesta a los expropiadores capitalistas es capaz de cumplir esa tarea. Únicamente mediante la alianza con un gobierno proletario podrá construir la capa cualificada de los técnicos una economía verdaderamente científica y verdaderamente racional, es decir, una economía socialista.

Lo mejor sería llegar a ese objetivo por una vía pacífica, gradual, democrática. Pero el orden social que se ha sobrevivido a sí mismo no cede nunca el lugar a su sucesor sin resistencia. Si la democracia joven y fuerte demostró en su tiempo ser incapaz de impedir el acaparamiento de la riqueza y del poder por la plutocracia, ¿es posible esperar que una democracia senil y devastada se muestre capaz de transformar un orden social basado en el dominio ilimitado de sesenta familias? La teoría y la historia enseñan que la sustitución de un régimen social por otro, exige la forma más elevada de la lucha de clases, es decir, la revolución. Ni tan siquiera la esclavitud pudo ser abolida en los Estados Unidos sin una guerra civil. “La fuerza es la comadre de toda sociedad vieja preñada de una nueva.” Nadie ha sido aún capaz de refutar este principio fundamental de Marx en la sociología de la sociedad de clases. Solo una revolución socialista puede abrir el camino hacia el socialismo.

El marxismo en los Estados Unidos

La república norteamericana ha ido más lejos que las otras en el dominio de la técnica y de la organización de la producción. No es sólo Norte América sino que es toda la humanidad la que se construirá sobre estos fundamentos. No obstante, las diversas fases del proceso social en una sola y misma nación siguen ritmos diversos que dependen de condiciones históricas especiales. Mientras los Estados Unidos gozan de una tremenda superioridad en la tecnología, su pensamiento económico se encuentra extremadamente atrasado tanto en la derecha como en la izquierda. John L. Lewis tiene casi los mismos objetivos que Franklin D. Roosevelt. Si tenemos en cuenta la naturaleza de su misión, la función social de Lewis es incomparablemente más conservadora, por no decir reaccionaria, que la de Roosevelt. En determinados círculos norteamericanos hay una tendencia a repudiar esta o aquella teoría revolucionaria sin ningún tipo de crítica científica, con la simple declaración de que es “no norteamericana”. ¿Pero dónde puede encontrarse el criterio que permita distinguir aquello que es norteamericano de lo que no lo es? El cristianismo fue importado en los Estados Unidos al mismo tiempo que los logaritmos, la poesía de Shakespeare, las nociones de los derechos del hombre y del ciudadano y que otros productos, no sin importancia, del pensamiento humano. El marxismo se encuentra hoy en día en la misma categoría.

El Secretario norteamericano de Agricultura, Henri A. Wallace³⁰, ha imputado al autor de estas líneas "...una estrechez dogmática que es totalmente no norteamericana" y ha contrapuesto al dogmatismo ruso el espíritu oportunista de Jefferson, que sabía cómo arreglárselas con sus adversarios. Según parece, nunca se le ha ocurrido a Mr. Wallace que una política de compromisos no es una función de algún espíritu nacional inmaterial, sino un producto de las condiciones materiales. Una nación que se ha hecho rica rápidamente tiene reservas suficientes para conciliar las clases y los partidos hostiles. Cuando, por contrario, las contradicciones sociales se exacerbaban, la base de la política de compromisos desaparece. Si Norte América no ha conocido "la estrechez dogmática" únicamente es porque tenía una gran abundancia de tierras vírgenes, fuentes de riqueza natural inagotables y también, parece, oportunidades ilimitadas para enriquecerse. No obstante, incluso bajo estas condiciones, el espíritu de compromiso no impidió la Guerra Civil cuando sonó la hora. De todas formas, las condiciones materiales que constituyeron la base del "norteamericanismo" pertenecen hoy cada vez más al pasado. De ahí se deriva la crisis profunda de la ideología norteamericana tradicional.

El pensamiento empírico, limitado a la solución de las tareas inmediatas, pareció suficientemente adecuado tanto en los círculos obreros como en los burgueses durante todo el tiempo en el que la ley del valor de Marx suplió al pensamiento de cada uno de ellos. Pero hoy en día esta ley produce efectos opuestos. En lugar de impulsar la economía hacia adelante, mina sus fundamentos. El pensamiento ecléctico conciliador que mantiene una actitud desfavorable o desdeñosa respecto al marxismo como un "dogma" y, con su apogeo filosófico, el pragmatismo, se hace completamente inadecuado, y cada vez más insustancial, reaccionario y ridículo.

Son las ideas tradicionales del "americanismo", por el contrario, las que se han convertido en un dogma sin vida, petrificado, que no engendra más que errores y confusiones. Al mismo tiempo, la doctrina económica de Marx ha adquirido una viabilidad peculiar y especialmente en lo relativo a los Estados Unidos. A pesar de que *El Capital* se apoya en un material internacional, preponderantemente inglés, en sus fundamentos teóricos, es un análisis del capitalismo puro, del capitalismo como tal. Indudablemente, el capitalismo que se ha desarrollado en las tierras vírgenes y sin historia de Norteamérica es el que más se acerca a ese tipo ideal de capitalismo.

A pesar de la presencia de Wallace, Norte América se ha desarrollado económicamente no de acuerdo con los principios de Jefferson sino de acuerdo con las leyes de Marx. Reconociéndolo se ofende tan poco al amor propio nacional como reconociendo que Norte América da vueltas alrededor del sol de acuerdo con las leyes de Copérnico³¹. *El Capital* ofrece una diagnosis exacta de la enfermedad y un pronóstico irremplazable. En este sentido la teoría de Marx está mucho más impregnada del nuevo "norteamericanismo" que las ideas de Hoover y Roosevelt, de Green y de Lewis.

Es cierto que hay una literatura original muy difundida en los Estados Unidos, consagrada a la crisis de la economía norteamericana. En la medida en que esos economistas concienzudos ofrecen una descripción objetiva de las tendencias destructivas

³⁰ Henry Agard Wallace editó, continuando la labor de su padre, la revista *Wallace's Farmer*, después el *Iowa Homestead & Wallace's Farmer*, de 1929 a 1933; secretario de estado para agricultura, había editado *New Frontiers* en 1934 y *Technology, Corporations and the General Welfare* en 1937.

³¹ Nicolás Copérnico (1473-1543), canónigo y físico, estableció, especialmente en su tratado *De Revolutionibus Orbium Caelestium*, que la Tierra giraba sobre sí misma alrededor de su eje al mismo tiempo que gravitaba en órbita alrededor del Sol.

del capitalismo norteamericano, sus investigaciones, prescindiendo de sus premisas teóricas, parecen ilustraciones directas de las teorías de Marx. La tradición conservadora de estos autores es patente, no obstante, cuando se empeñan tercamente en no sacar conclusiones precisas, limitándose a nebulosas predicciones o a vulgaridades tan moralizantes como “El país debe comprender que...”, “la opinión pública debe considerar seriamente...”, etcétera. Estos libros se parecen a un cuchillo sin hoja.

En los Estados Unidos hubo marxistas en el pasado, ciertamente, pero eran un extraño tipo de marxistas, o más bien tres tipos extraños. En primer lugar se encontraban los emigrantes expulsados de Europa, que hicieron todo lo posible pero que no lograron encontrar eco; en segundo lugar, hubo grupos norteamericanos aislados, como los DeLeonistas³², que, en el curso de los acontecimientos y a consecuencia de sus propios errores, se convirtieron en sectas; en tercer lugar, los diletantes atraídos por la Revolución de Octubre y que simpatizaban con el marxismo como una teoría exótica que tenía muy poco que ver con los Estados Unidos. Esta época ha pasado. Ahora comienza una nueva época de un movimiento de clases independiente a cargo del proletariado y al mismo tiempo del verdadero marxismo. En esto también, los Estados Unidos alcanzarán en poco tiempo a Europa y la superará. Su técnica progresista y su estructura social progresista preparan el camino en la esfera doctrinaria. Los mejores teóricos del marxismo aparecerán en suelo norteamericano. Marx será el guía de los trabajadores norteamericanos avanzados. Para ellos esta exposición abreviada del primer volumen de *El Capital* constituirá solo el paso inicial hacia el estudio completo de Marx.

El espejo ideal del capitalismo

En la época en la que se publicó el primer volumen de *El Capital*, la dominación mundial de la burguesía era aún indiscutible. Las leyes abstractas de la economía de mercado encontraron, naturalmente, su más perfecta encarnación, es decir, la menos sumisa a las influencias del pasado, en el país en el que el capitalismo había logrado su mayor desarrollo. Al basar su análisis principalmente en Inglaterra, Marx tenía puesta la vista no sólo en Inglaterra, sino en todo el mundo capitalista. Utilizó la Inglaterra de su época como el mejor espejo del capitalismo de aquella época.

Ahora sólo queda el recuerdo de la hegemonía británica. Las ventajas de la primogenitura capitalista se han convertido en desventajas. La estructura técnica y económica de Inglaterra se ha desgastado. El país continúa dependiendo en su posición mundial de su imperio colonial, herencia del pasado, más que de su potencial económico activo. Esto explica incidentalmente la caridad cristiana de Chamberlain³³ hacia el gangsterismo internacional de los fascistas, que tanto ha sorprendido al mundo entero. La burguesía inglesa no puede dejar de reconocer que su decadencia económica se ha hecho

³² Daniel DeLeon (1852-1914), nacido en Curaçao, a los veinte años emigró a Estados Unidos y enseñó derecho internacional en Columbia. Fue el animador del Socialist Labor Party, de los Knights of Labor, después de las I.W.W. y combatió encarnizadamente, desde el punto de vista del marxismo y la revolución, al reformismo de los sindicalistas norteamericanos. Pero los “DeLeonistas” se resultaron quebrados por ininterrumpidas crisis y escisiones.

³³ Neville Chamberlain (1869-1940), hijo de una célebre familia de industriales conservadores de Birmingham, se convirtió en Primer Ministro británico el 28 de mayo de 1937 y llevó adelante una sistemática política de concesiones a Hitler, entre las cuales el Pacto de Múnich no fue más que el resultado más espectacular.

completamente incompatible con su posición en el mundo y que una nueva guerra amenaza con el desmoronamiento del Imperio Británico. La base económica del “pacifismo” francés es, esencialmente, de la misma naturaleza.

Alemania, por el contrario, ha utilizado para su rápido ascenso capitalista las ventajas del atraso histórico, equipándose con la técnica más perfecta de Europa. Teniendo una base nacional estrecha y recursos naturales insuficientes, el dinamismo capitalista de Alemania, se ha transformado por necesidad en el factor más explosivo del llamado equilibrio de las potencias mundiales. La ideología epiléptica de Hitler no es más que el reflejo de la epilepsia del capitalismo alemán.

Además de las numerosas e inapreciables ventajas de carácter histórico, el desarrollo de los Estados Unidos disfrutó de la ventaja de un territorio inmensamente grande y de una riqueza natural incomparablemente mayor que Alemania. Al haber aventajado considerablemente a Gran Bretaña, la República norteamericana llegó a ser a comienzos del siglo actual la principal fortaleza de la burguesía mundial. Todas las potencialidades del capitalismo encontraron su más alta expresión. En ningún otro lugar de nuestro planeta puede la burguesía superar de ninguna forma las realizaciones de la república del dólar, que se ha convertido en el siglo XX en el espejo más perfecto del capitalismo.

Por las mismas razones que llevaron a Marx a basar su exposición en las estadísticas inglesas, nosotros hemos recorrido, en nuestra modesta introducción, a la experiencia económica y política de los Estados Unidos. No es preciso decir que no sería difícil citar hechos y cifras análogos, tomándolos de la vida de cualquier otro país capitalista. Pero eso no añadiría nada esencial. Las conclusiones serían las mismas y sólo los ejemplos serían menos sorprendentes.

La política del Frente Popular en Francia ha sido, como lo ha señalado perspicazmente uno de sus financieros, una adaptación del New Deal “para liliputienses”. Es perfectamente evidente que en un análisis teórico es mucho más conveniente tratar con magnitudes ciclópeas que no con magnitudes liliputienses. La misma inmensidad del experimento de Roosevelt nos demuestra que sólo un milagro puede salvar al sistema capitalista mundial. Pero sucede que el desarrollo de la producción capitalista ha puesto fin a la producción de milagros. No obstante, es evidente que si se pudiese producir el milagro del rejuvenecimiento del capitalismo, ese milagro sólo se podría producir en los Estados Unidos. Pero ese rejuvenecimiento no se ha producido. Aquello que no es accesible a los cíclopes, mucho menos lo es a los liliputienses. Asentar los fundamentos de esta sencilla conclusión es el objeto de nuestra excursión por el campo de la economía norteamericana.

Las metrópolis y las colonias

“Los países industrialmente más desarrollados [escribió Marx en el prólogo a la primera edición de *El Capital*] no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir.”³⁴ Este pensamiento no debe ser tomado al pie de la letra bajo ninguna circunstancia. El crecimiento de las fuerzas productivas y la profundización de las incompatibilidades sociales son indudablemente la suerte que les corresponde a todos los países que han tomado el camino de la evolución burguesa. No obstante, la desproporción en los “ritmos” y en las medidas que siempre se produce en la

³⁴ Carlos Marx, *El Capital*, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, página XIV.

evolución de la humanidad, no sólo se hace especialmente aguda bajo el capitalismo, sino que da origen a la completa interdependencia, hecha de sumisión, explotación y opresión, entre los países de tipo económico diferente. Sólo una minoría de países ha realizado completamente ese desarrollo sistemático y lógico que parte del artesanado y llega a la fábrica, pasando por la manufactura, desarrollo que Marx sometió a un análisis tan pormenorizado. El capital comercial, industrial y financiero ha invadido desde el exterior los países atrasados, destruyendo en parte las formas primitivas de la economía nativa y en parte sujetándolas al sistema industrial y banquero de Occidente. Bajo el látigo del imperialismo, las colonias se vieron obligadas a prescindir de las etapas intermedias, apoyándose al mismo tiempo artificialmente en un nivel o en otro. El desarrollo de la India no ha reproducido el desarrollo de Inglaterra; lo ha completado. No obstante, para poder comprender el tipo combinado de desarrollo de los países atrasados y dependientes como la India no hay que olvidar nunca el esquema clásico que Marx derivó del desarrollo de Inglaterra. La teoría obrera del valor guía igualmente los cálculos de los especuladores de la City de Londres y las transacciones monetarias en los rincones más remotos de Haiderabad, excepto que en el último caso adquiere formas más sencillas y menos astutas.

La desigualdad del desarrollo ha comportado beneficios tremendos para los países avanzados, los cuales, aunque en grados diversos, han seguido desarrollándose a costa de los atrasados, explotándolos, convirtiéndolos en colonias o, como mínimo, impidiéndoles elevarse hasta la aristocracia capitalista. Las fortunas de España, Holanda, Inglaterra, Francia, fueron obtenidas, no sólo con la plusvalía extraída a su propio proletariado, no sólo por el pillaje de su pequeña burguesía, sino también con el pillaje sistemático de sus posesiones de ultramar. La explotación de clases fue complementada y su potencialidad aumentada con la explotación de las naciones. La burguesía de las metrópolis ha sido capaz de asegurar una posición privilegiada para su propio proletariado, sobre todo para las capas superiores, gracias a una parte de los superbeneficios amasados a costa de las colonias. Sin eso hubiese sido completamente imposible cualquiera clase de régimen democrático estable. Bajo su forma más desarrollada, la democracia burguesa devino, y continúa siendo, una forma de gobierno accesible únicamente a las naciones más aristocráticas y más explotadoras. La antigua democracia se basaba en la esclavitud, la democracia imperialista se basa en el pillaje de las colonias.

Los Estados Unidos, que formalmente casi no tiene colonias, son, no obstante, la más privilegiada de todas las naciones de la historia. Los activos inmigrantes llegados de Europa tomaron posesión de un continente extremadamente rico, exterminaron a la población nativa, se apoderaron de la mejor parte de México y acaparan la parte del león de la riqueza mundial. Las reservas de grasa así acumuladas, les continúan siendo útiles aún en la época de la decadencia, porque les sirven para engrasar los engranajes y las ruedas de la democracia.

La reciente experiencia histórica así como el análisis teórico certifican que el nivel de desarrollo de una democracia y su estabilidad, están en proporción inversa a la tensión de las contradicciones de clase. En los países capitalistas menos privilegiados (Rusia, por una parte, y Alemania, Italia, etcétera, por la otra), incapaces de engendrar una aristocracia obrera, la democracia nunca se ha desarrollado en toda su extensión y han sucumbido a la dictadura con relativa facilidad. No obstante, la continua parálisis progresiva del capitalismo prepara la misma suerte a las democracias privilegiadas y más ricas. La única diferencia está en las fechas. La bajada incontenible de las condiciones de vida de los trabajadores hace cada vez menos posible para la burguesía conceder a las masas el derecho

a participar en la vida política, incluso dentro de los limitados marcos del parlamentarismo burgués. Cualquier otra explicación del evidente proceso del destronamiento de la democracia por el fascismo es una falsificación idealista de la realidad, un engaño o un autoengaño.

Mientras destruye la democracia en las viejas metrópolis del capital, el imperialismo impide al mismo tiempo el desarrollo de la democracia en los países atrasados. El hecho de que en la nueva época ni una sola de las colonias o semicolonias haya realizado una revolución democrática, particularmente en el campo de las relaciones agrarias, se debe por completo al imperialismo, que se ha convertido en el obstáculo principal para el progreso económico y político. Al mismo tiempo que expolían la riqueza natural de los países atrasados y restringen deliberadamente su desarrollo industrial independiente, los magnates monopolistas y sus gobiernos conceden simultáneamente su apoyo financiero, político y militar, a los grupos semif feudales más reaccionarios y parásitos de explotadores nativos. La barbarie agraria artificialmente conservada es hoy en día la plaga más siniestra de la economía mundial contemporánea. La lucha de los pueblos coloniales por su liberación, saltándose las etapas intermedias, se transforma por necesidad en una lucha contra el imperialismo y, de esta manera, da la mano a la lucha del proletariado en las metrópolis. Los levantamientos y las guerras coloniales socavan más que nunca, a su vez, las bases fundamentales del mundo capitalista y hacen menos posible que nunca el milagro de su regeneración.

La economía mundial planificada

El capitalismo tiene el doble mérito histórico de haber elevado la técnica a un alto nivel y de haber atado todas las partes del mundo con lazos económicos. De esta manera ha proporcionado los prerequisites materiales para la utilización sistemática de todos los recursos de nuestro planeta. No obstante, el capitalismo no se encuentra en situación de cumplir esta tarea urgente. El núcleo de su expansión continúa siendo el estado nacional con sus fronteras, sus aduanas y sus ejércitos. No obstante, las fuerzas productivas han superado hace ya tiempo los límites del estado nacional, y así han transformado, en consecuencia, aquello que antes era un factor histórico progresivo en una restricción insostenible. Las guerras imperialistas no son sino explosiones de las fuerzas productivas contra las fronteras del estado que han llegado a ser demasiado estrechas para ellas. El programa de la llamada “autarquía” nada tiene que ver con el retorno a una economía autosuficiente y circunscrita al interior de sus fronteras. Significa que se prepara la base nacional para una nueva guerra.

Después de la firma del Tratado de Versalles, se creyó generalmente que el globo terrestre se había repartido muy bien. Pero los acontecimientos más recientes han servido para recordarnos que nuestro planeta continúa conteniendo tierras que aún no han sido explotadas o, al menos, suficientemente explotadas. La lucha por las colonias continúa siendo una parte de la política del capitalismo imperialista. Por más completamente que sea dividido el mundo, el proceso nunca acaba, sino que coloca una y otra vez a la orden del día la cuestión del nuevo reparto del mundo de acuerdo con los cambios en la correlación entre las fuerzas imperialistas. Tal es hoy en día la verdadera razón de los rearmes, las crisis diplomáticas y los preparativos de guerra.

Todos los esfuerzos por presentar la guerra actual como un choque entre las ideas de la democracia y del fascismo pertenecen al reino del charlatanismo o de la estupidez. Las formas políticas cambian, los apetitos capitalistas permanecen. Si a cada parte del Canal de la Mancha se estableciese mañana un régimen fascista (y difícilmente nadie se atreverá a negar esta posibilidad) los dictadores de París y Londres serían tan incapaces de renunciar a sus posesiones coloniales como Mussolini y Hitler de renunciar a sus reivindicaciones nacionales. La lucha furiosa y desesperada por una nueva división del mundo es una consecuencia irresistible de la crisis mortal del sistema capitalista.

Las reformas parciales y las reparaciones para nada servirán. El desarrollo histórico ha llegado a una de sus etapas decisivas, en la que únicamente la intervención directa de las masas es capaz de barrer los obstáculos reaccionarios y de asentar las bases de un nuevo régimen. La abolición de la propiedad privada de los medios de producción es la primera condición para una era planificada, es decir, para la intervención de la razón en la esfera de las relaciones humanas, primero en una escala nacional y, acto seguido, en una escala mundial. Una vez comenzada, la revolución socialista se extenderá de un país a otro país con una fuerza infinitamente mayor que con la que se extiende hoy en día el fascismo. Con el ejemplo y la ayuda de las naciones avanzadas, las naciones atrasadas serán también arrastradas por la gran corriente del socialismo. Caerán las barreras aduaneras completamente carcomidas. Las contradicciones que dividen Europa y el mundo entero encontrarán su solución natural y pacífica dentro del marco de los Estados Unidos Socialistas, tanto en Europa como en las otras partes del mundo. La humanidad liberada marchará hacia sus más altas cimas.

Edicions internacionals Sedov



Series de estas EIS

Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional

Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal

La lucha política contra el revisionismo lambertista

Lenin: dos textos inéditos

León Sedov: escritos

Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista

Obres escollides de Lenin en català

Obres escollides de Rosa Luxemburg en català

Rosa Luxemburg en castellano

Trotsky inédito en Internet y castellano

Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España